

## Elogio de la ciudad

Hora es ya, sin duda, frente a tanta romántica o seudorromántica, en todo caso lacrimosa y superficialmente poética "alabanza de aldea", entonar un himno a la ciudad.

¿Qué sería del hombre sin la ciudad? De este vocablo—*civitas*—que condensa la historia toda de la Humanidad, se derivan dos nobles palabras: "ciudadano" y "civilización". En el "ocio" de la ciudad *cultiva* el hombre las relaciones sociales y despliega sus dotes de Arte, de especulación y de gobierno. He ahí por qué la *cultura* va hermanada con la *civilización* por derecho propio, que sólo será negado en épocas de desconcierto espiritual.

Pues es de saber que, en principio, la ciudad no es sino un reducto para mejor dominar el campo y la Naturaleza, y ganar el reposo (*otium*) necesario para el cultivo del espíritu. El quehacer (*nec-otium*, negocio) se entiende como algo negativo por respecto al descanso fecundo. El hombre de la ciudad es, de por sí, tan abierto al mundo de lo natural como el labriego, y siente hacia las cosas los mismos sentimientos de arraigo y de amor. El artesano no *comercia* fríamente con las cosas; las domeña con el cuidado y el amor con que labra el campesino la tierra de sus padres.

La ciudad es, en su esencia, un horizonte intensamente humano en que se vive con toda plenitud la vida de comunidad. Como que el hombre se congrega en ciudades por el mismo poderoso instinto que lo lleva a dejar a su padre y a su madre para unirse a una mujer y fundar un hogar. Por eso el gran Aristóteles, fruto logrado del pueblo heleno, puso en el frontispicio de su obra sobre *Política* la célebre frase: "El hombre es un animal político", que vale tanto como decir: el hombre es ciudadano por esencia.

Nada extraño que la ciudad haya sido en todo tiempo protagonista de la Historia. Al lado de los ríos, al amparo de los grandes lagos y frente al ancho mar, los grupos humanos han sabido elevar emporios de riqueza, de cultura y de poder. "Todo lo humano—escribe Haecker—obtiene su logro y cumplimiento en las ciudades. Todo lo grande, en lo malo y en lo bueno, se realizó en las ciudades: en Babilonia y en Jerusalén, en Cartago y en Roma" (1). No frente al campo, ni contra

el campo, sino como representante y madre nutricia de todo el pueblo, ha dado la ciudad a éste unidad, vida y nombre.

Por eso los romanos, con certero instinto, llamaban a Roma "*urbs*", es decir, *la ciudad por excelencia*, y su frente se iluminaba al pronunciar con orgullo la frase mágica: *civis romanus sum!* Ser ciudadano romano era tener en las venas la savia del pueblo más pujante del Universo, que procedía, como de una fuente, de Roma, la ciudad por antonomasia.

La ciudad es la gran aliada del campo, su fuente de vida y su gloria. El hombre se retira a la ciudad para aunar fuerzas, como los viejos guerreros, y defender la campiña. Perdida la ciudadela, el campo pasa a poder del enemigo. La ciudad es ágora, academia y fortaleza. Su ocio fecundo cría sabios, poetas y soldados. Enfrentar la ciudad con el campo, la civilización con la cultura es un empeño de sociedades depauperadas, sin otra meta que convertir la ciudad en un aséptico salón, torre de marfil en que parece toda auténtica y robusta cultura.

Pero el campo es, a su vez, para la ciudad un entorno vital. Quien se aísla en la ciudad se asfixia espiritualmente. Por eso las épocas en que predominan los "hombres-de-ciudad" están minadas en su interior por un dramático desequilibrio. Lo cual explica que casi todos los movimientos redentores que se hacen una y otra vez, a lo largo del tiempo, para salvar a las sociedades de la decadencia y la corrupción se inicien bajo el lema de "¡Retorno a la Naturaleza!".

Porque la ciudad debe ser un ámbito adecuado al hombre domeña éste la Naturaleza, pero sin desterrarla. Pues la evasión del campo que implica la vida de ciudad ha de ser suficiente para ganar en perspectiva, reposo y poder, pero no excesiva que ahogue al hombre en la campana neumática de una vida artificiosa. La Historia es testigo de que la cultura más pujante se agosta súbitamente cuando, por orgullo, se cierra sobre sí misma en un intento suicida de autonomía y desarraigo. Las culturas mueren mordiéndose la cola.

El pueblo griego, que identificó su destino con el de la ciudad (*polis*) separada del campo, desarrolló una cultura que es asombro de la Historia, pero no logró

(1) *Qué es el hombre*. Ed. Guadarrama. Madrid, 1961, págs. 55-56.



La ciudad tensa sus fuerzas ante la suprema incitación del mar.

la amplitud de espíritu que se requiere para fundar un Imperio. ("Vámonos a la ciudad—dijo Sócrates en una ocasión—, que sólo entre los hombres aprenderemos algo.") Roma, en cambio, la ciudad por antonomasia, extendió su poder a toda la tierra, y esto no en fuerza de las solas armas, que dividen los espíritus, sino del poder unificante de la "piedad" de su fundador—el pius Eneas—. Antes que hombre de guerra, el romano fué agricultor de la "justissima tellus", la Madre Tierra que une a todos los hombres en el sudor del trabajo—"labor improbus"—y en la alegría del don, que es regocijo de los otoños.

Sólo puede comprender y comprendiendo dominar a la Humanidad quien saber leer el mensaje de la Tierra. El romano, hombre de ciudad y fundador de ciudades, portador de cultura a todos los climas, nos ha dado el libro más entrañable acerca de la tierra: las *Geórgicas* de Virgilio.

Si quiere ser fecunda y dar vida a un pueblo la

ciudad, debe estar abierta al campo. Pues de la Naturaleza surgen los símbolos, que son el *humus* fecundo en que germina el espíritu. Una fuente que mana, un río que se desliza entre campos que él fertiliza, una montaña abrupta, los frutos que penden de los árboles, y sobre todo, esa prodigiosa simbiosis de agua, sol y vida en plenitud, que sorprende como un milagro siempre nuevo a quien vive la aventura del campo, son realidades dotadas de tan profundo significado que despiertan al hombre a la vida más alta del espíritu.

Nunca se meditará lo suficiente que es de la apertura a la vida, no de la retracción, de donde procede la paz en que germina la cultura. Pues la paz es fruto de la armonía entre la soledad y la comunicación, y sólo se produce en ese punto delicado de equilibrio en que el hombre se da sin perderse, o dicho más en cristiano, en que se pierde por amor, sin renunciar nunca a la intimidad. El hombre lleva vida interior cuando confiere a su vida externa unidad profunda al dotarla de sentido. Entre la turba de los indígenas en el caos de la selva virgen, el misionero cristiano tiene su vida en orden y goza de una paz sin medida. En su soledad apasionada, el hombre de mundo desgarró su espíritu en una distensión esquizofrénica que no conoce la paz. El anciano ingeniero inglés que se retiró a la costa de Alicante y rubricó su propósito de tranquilidad escribiendo en la tarjeta de visita una letanía de renunciaciones: "No address", "No telephone", "No business", "no money", "Retired", posiblemente logrará vivir sin relaciones sociales, pero difícilmente conseguirá la paz. Pues ésta es un don que se debe ganar día a día, dando a la soledad un carácter positivo de dominio sobre los avatares externos.

Por eso la ciudad se abre a la fatiga del campo y a los azares del mar, pues sus fundadores—comerciantes y marinos—la habían ideado como una encrucijada entre amplias rutas, que son, para el espíritu inquieto del hombre, escuela de vida (2).

La gran ciudad no debe perder nunca lo que hizo grandes a las pequeñas: su inserción en el campo. Y aquí se abre a la Arquitectura un largo capítulo de gran responsabilidad. ¿Por qué se siente uno a gusto en unas ciudades y en otras no? Quizá no se trate de un mero capricho, sino de un secreto instinto para advertir lo que es útil y lo que es nocivo al espíritu del hombre. Hay ciudades en que falta oxígeno, ambiente, contacto con los fenómenos primarios de la Naturaleza, y sobre todo, ritmo adecuado al vivir humano. ¿Será posible levantar ciudades que resuelvan los problemas ineludi-

(2) Cabría hacer un estudio acerca del carácter que ofrece históricamente Madrid de ciudad móvil, tienda de campaña, más que sede imperial. A ello invita el interesante y bello opúsculo del arquitecto Luis Moya Blanco: *Madrid, escenario de España* (Instituto de Estudios Madrileños. Madrid, 1952).

bles que plantea el desplazamiento rápido de las masas y satisfagan, al mismo tiempo, la necesidad humana de llevar, a ritmo lento, una vida de sosiego en un ámbito de belleza?

#### ¿ALABANZA DE ALDEA?

Al abordar el tema de las relaciones entre campo y ciudad, es inevitable la alusión a una célebre obra del XVI español: *Menosprecio de corte y alabanza de aldea*, de fray Antonio de Guevara. Se narran aquí las incomodidades de la vida de la Corte en su errabundez a través de los pueblos, y se ensalza el tranquilo sosiego de la aldea. Esto bastó para que se haya convertido el título de este opúsculo en santo y seña de los detractores de la vida ciudadana. Olvidando, entre otras cosas, que la aldea ensalzada en él no es la del trabajo rudo y mal compensado de campesinos que viven en casas sin acomodo, sino el retiro de las bien equipadas casas de campo de los mismos cortesanos. La quintaesencia de la vida del labriego, su duro laboreo en la tierra, sus inmensos sacrificios, no figuran en este libro.

Se oculta, por otra parte, que figura en sus páginas una alabanza suprema a la ciudad: al que vive en la Corte, escribe el autor, "no habrá hombre que le pida cuenta de su vida, ni aun le diga una mala palabra". En el pueblo de escaso vecindario todos están al acecho. Y esos cien ojos que nos miran y preludian una maligna actividad detractora marchitan en agraz el más leve germen de sosiego.

#### EL PELIGRO DEL DESARRAIGO

En la eterna disputa por la supremacía entre la ciudad y el campo, el factor decisivo hay que buscarlo, posiblemente, en su capacidad respectiva para despertar sentimientos de arraigo o de desarraigo. El hombre de campo parece adherirse más plenamente a los seres en torno que el hombre de ciudad. El tempo lento de la vida en el campo, la soledad y, en casos, el desamparo, el trato vital con el entorno—animales, tierra, árboles, utensilios de labranza—vincula al campesino con su medio en una medida desconocida y tal vez incomprendible para el hombre de ciudad, eternamente pasajero en un mundo cambiante y un tanto artificioso.

Estamos ante el complejo y singular fenómeno que los filósofos personalistas llaman "piedad". Concepto que ha sido estudiado modernamente con singular penetración por el converso Peter Wust, sobre todo, en su obra *Naivität und Pietät* (3).

La "piedad" nos une y nos distancia de nosotros mismos y de los demás seres. Une por ser amor, y guarda las distancias por ser reverente. La piedad defiende nuestra intimidad—es decir, los valores que Dios depositó en nosotros—, frente a la "concupiscencia de la sinceridad" (Marcel) (4). Al amparo de la piedad, la sencillez (Naivität) florece en franqueza (Offenheit), y no degenera en "frescura" (Frechheit) o en "retracción astuta" (listige Klugheit). La piedad es el "principio de

(3) J. C. V. Mohr Verlag, Tübingen, 1925.

(4) *Etre et Avoir*. Aubier, París, pág. 344.



La ciudad se inserta orgánicamente en el campo, en un mutuo intercambio de vida.

cohesión" del hombre con las cosas, fruto de la "voluntad cósmica de amor" que es fuente de arraigo y comunidad.

Ahora bien: la piedad desaparece al faltar la armonía interna entre el entendimiento calculador y egoísta y la "tensión de amor" (Liebestrieb) que hace a los hombres gravitar hacia el ser. Sin esta armonía se aboca al Subjetivismo, eterna tentación satánica de erigir al hombre en centro del Universo. Pero con ello se abre paso a una inevitable decadencia. Pues, como escribió Goethe en carta a Eckermann, las épocas progresivas son objetivas, y las decadentes subjetivas.

Aquí surge el papel que compete al campo de "reserva espiritual" de los pueblos, y el dramático sentido que late en el éxodo del campo a la ciudad. El labrador recoge la cosecha con piedad y enseña a sus hijos a besar el pan. El trigo es un *don* que Dios deposita en el campo. El campo es un lugar de misterios, algo sagrado. Pero he aquí que un día el aldeano se va a la ciudad y empieza a traficar con los frutos, en vez de crearlos en respetuoso intercambio de trabajo con la Naturaleza: Ha perdido la piedad, ese sentimiento de reverencia hacia la Tierra, que se convierte en un inmenso mercado. El hombre del tiempo de Kant—dice Peter Wust—no quería colaborar con la Naturaleza, sino dominarla. Por eso tuvo Kant tanto éxito, y el alma desarmónica (sentimental) de Rousseau no cesó de exigir la vuelta a la Naturaleza pura (5). Más tarde Spengler pediría lo contrario: llevar ese proceso de falta de piedad hasta el final, esto es, hasta la soledad y el desarraigo de la máxima obstinación.

Pero lo grave es que sin piedad hacia la Naturaleza no se puede respetar al hombre, que ofrece más botín al propio egoísmo. El hombre se enfrenta entonces con el hombre, y la "comunidad" (cuerpo de relaciones sociales fundado en el vínculo orgánico de la sangre y el amor) degenera en "sociedad" (cuerpo de relaciones sociales fundado en el vínculo del egoísmo y el cálculo).

Sin Naturaleza y sin sociedad, el hombre se queda, al fin, sin Dios y sin él mismo. La piedad es un fenómeno único con varias facetas; al perderse la una, las demás desaparecen.

#### REVALORIZACION DE LA CIUDAD

Esta visión positiva de la ciudad está abriéndose paso decididamente entre quienes consagran su atención a este problema. Recientemente escribía J. María García Escudero:

"Es ya tópico el menosprecio de corte y alabanza de aldea.

(5) Indudablemente en esta exigencia de Rousseau subyace una gran intuición, que él no supo aprovechar por falta de una sólida teoría antropológica.

"No se piensa que en las ciudades se difundió el cristianismo; que la gran ciudad ha sido siempre "una palanca poderosa para el bien o para el mal" y que lo que sucede es que el campo "llega siempre después".

"Por eso en muchos países (España entre ellos) el campo continúa en el nivel espiritual (más seguro que el de ahora) de hace bastantes lustros (aunque sobre esto habría que hacer ya muchas excepciones).

"Pero, por las mismas razones, San Gregorio Papa podía salir de la ciudad, ya cristiana, para encontrar en el campo "altares y sacrificios a Apolo". Y es sabido que pagano viene de *pagus* y dice relación con el campo, no con la ciudad.

"Y los brotes prometedores de espiritualidad que hoy se descubren en las ciudades, ¡id a buscarlos fuera de ellas!

"Vamos, pues, a decir que el campo es lo conservador y la ciudad lo innovador, lo que es más cierto y da a cada uno lo bueno y lo malo que contienen."

Más adelante añade:

"He señalado con anterioridad la necesidad de acabar con el tópico de "el campo, reserva espiritual". Ni cabe enfrentar campo y ciudad como se enfrentan el bien y el mal, sino como conservación e innovación, y cada una de estas posturas tiene sus ventajas y sus inconvenientes, ni es verdad que la descristianización de las masas (fenómeno paralelo a la recristianización de las minorías) se dé en el proletario sólo y no en el campesino".

"En la ciudad está la salvación de los pueblos, que, abandonados a sí mismos, se hunden."

"Hay que volver del revés las ideas recibidas. La ciudad debe salvar al campo, haciéndole en cierto modo ciudad" (6).

El peligro del campo es el aburrimiento y la pobreza espiritual. El riesgo de la ciudad radica en el desequilibrio, provocado por el exceso de impresiones no asimiladas. Gran parte de los hombres de ciudad padecen, sabiéndolo o no, de surmenage espiritual.

La ciudad cuenta, indudablemente, con grandes ventajas en su haber. Y a sus defectos sería simplista oponer sencillamente la soledad del campo, que es, en muchísimos casos, una soledad vacía. Lo que procede es mitigar la superabundancia de la vida ciudadana mediante una sana economía de sensaciones. Si el hombre aprende el secreto de saber elegir y guardar contención entre el alud de posibilidades que le ofrece la ciudad, su espíritu se hará plenamente libre. En la ciudad, con sus extremismos, sus aguas desatadas, sus luchas, su angustia y su prisa ("stress"), el hombre probado de nuestra época podrá adquirir lo que, sin duda, más necesita: *una libertad en plenitud*.

(6) *Catolicismo de fronteras adentro*, Euramérica. Madrid, 1956, páginas 74 y sigs.